



AGUAZALES DE CASTILLA-LA MANCHA

Si cuando corre, salta, vuela, escarba o se zambulle el agua mueve todas las cunas de todas las vidas, cuando se acuesta, acaso para descansar de tanta creatividad, toda ella se convierte en algo más activo y atractivo. Estos aguas quietas de Castilla-La Mancha, en primer lugar, abren sus ojos para convertirse en el alivio de tierras llanas y casi siempre secas. Su sabor ya es fresco.

Su alianza con lo curvo ya engalana un mundo casi dominado por las oblicuas geométricas de la agricultura y la línea recta del horizonte. Como nada

existe más hospitalario que el agua, estas lagunas se casan con el verde y lo demuestran llevando un anillo, reconocible en sus bordes, de espadañas, carrizos, junco... No ha hecho el aguazal más que iniciar sus efectos propiamente dichos.

Parque de inmediato quedan abiertas sus puertas a la, acaso mayor capacidad de convocatoria que conocemos. Los endives humildes de Castilla-La Mancha, que cuenta con el mayor número de los que en España pueden verse, son una de las mansiones más concurridas de la fauna ibérica. Sobre

todo en invierno, cuando decenas de miles de aves los usan como refugio y sustento.

Valorar el papel ambiental, social, estético y cultural de estos retazos de esplendor es el primer paso para que, desde el convencimiento de su inimitable papel e invaluables funciones, seamos capaces de asegurar su conservación e incluso mejora en el futuro.

JOAQUÍN ARAUJO

